

22. FOUCAULT

«Foucault», en Huisman (D.) (comp.), *Dictionnaire des philosophes*, París, PUF, 1984, t. I, págs. 942-944. Denis Huisman propuso a comienzos de los años ochenta a François Ewald, entonces asistente de Michel Foucault en el Colegio de Francia, la elaboración del apartado dedicado a éste en el diccionario que estaba preparando. Conocido el asunto por Michel Foucault, que en dicha época había redactado una primera versión del volumen II de la *Historia de la sexualidad*, y que incluía como introducción una presentación retrospectiva de su trabajo, aceptó la incorporación de su propio texto, completado con una breve introducción y una bibliografía. Con la debida complicidad, se convino en firmarlo con el seudónimo «Maurice Florence», que, a su vez, otorga la transparente abreviatura de «M.F.». Y así se publicó. El presente texto ofrece lo redactado por Foucault.

[Si cabe inscribir a Foucault en la tradición filosófica, es en la tradición crítica de Kant y podría]^a denominarse su empresa *Historia crítica del pensamiento*. No se habría de entender por tal una historia de las ideas que fuera al mismo tiempo un análisis de los errores que con posterioridad se podría evaluar; o un desciframiento de los desconocimientos a los que están ligadas y del que podría depender lo que pensamos hoy en día. Si por pensamiento se entiende el acto que plantea, en sus diversas relaciones posibles, un sujeto y un objeto, una historia crítica del pensamiento sería un análisis de las condiciones en las que se han formado o modificado ciertas relaciones entre sujeto y objeto, en la medida en que éstas constituyen un saber posible. No se trata de definir las condiciones formales de una relación con el objeto; tampoco es cuestión de liberar las condiciones empíricas que en un momento dado han podido per-

^a Este pasaje entre corchetes es de F. Ewald.

mitir al sujeto en general llegar a conocer un objeto ya dado en lo real. La cuestión es determinar lo que debe ser el sujeto, a qué condición está sometido, qué estatuto debe tener, qué posición ha de ocupar en lo real o en lo imaginario, para llegar a ser sujeto legítimo de tal o cual tipo de conocimiento; en pocas palabras, se trata de determinar su modo de «subjetivación»; pues éste no es evidentemente el mismo según que el conocimiento del que se trate tenga la forma de la exégesis de un texto sagrado, de una observación de historia natural o del análisis del comportamiento de un enfermo mental. Pero, al mismo tiempo, la cuestión es también determinar en qué condiciones algo puede llegar a ser un objeto para un conocimiento posible, cómo ha podido ser problematizado como objeto que hay que conocer, a qué procedimiento de recorte ha podido ser sometido y qué parte de él se ha considerado pertinente; se trata, pues, de determinar su modo de «objetivación», que tampoco es el mismo según el tipo de saber del que se trate.

Esta objetivación y esta subjetivación no son independientes una de otra; de su desarrollo mutuo y de su vínculo recíproco es de donde nacen lo que se podría llamar los «juegos de verdad»; es decir, no el descubrimiento de las cosas verdaderas, sino las reglas según las cuales, y respecto de ciertos asuntos, lo que un sujeto puede decir depende de la cuestión de lo verdadero y de lo falso. En resumidas cuentas, la historia crítica del pensamiento no es ni una historia de las adquisiciones ni una historia de las ocultaciones de la verdad; es la historia de la emergencia de los juegos de verdad: es la historia de las «veridicciones», entendidas como las formas según las cuales se articulan, en un dominio de cosas, discursos susceptibles de ser llamados verdaderos o falsos: cuáles han sido las condiciones de esta emergencia, el precio que, en alguna medida, ésta ha pagado, sus efectos en lo real y el modo en que, ligando cierto tipo de objeto a determinadas modalidades del sujeto, dicha emergencia ha constituido, para un tiempo, para un área y para individuos dados, el *a priori* histórico de una experiencia posible.

Ahora bien, esta cuestión —o esta serie de cuestiones— que son las de una «arqueología del saber», Michel Foucault no la ha planteado, ni quería hacerlo, sobre cualquier juego de verdad. Antes bien, lo ha hecho sólo sobre aquellos juegos en los que el propio sujeto se plantea como objeto de saber posible; cuáles son los procesos de subjetivación y de objetivación que hacen que el sujeto pueda llegar a ser, en tanto que sujeto, objeto de conocimiento. Sin duda, no se trata de saber cómo se ha constituido a lo largo de la historia un «conocimiento psicológico», sino de saber cómo se han

formado juegos diversos de verdad a través de los cuales el sujeto ha llegado a ser objeto de conocimiento. Michel Foucault ha tratado de guiar dicho análisis, en primer lugar, de dos maneras. En relación con la aparición y la inserción, en ciertos ámbitos y según la forma de un conocimiento de estatuto científico, de la cuestión del sujeto que habla, que trabaja y que vive; de lo que se trataba entonces era de la formación de alguna de las «ciencias humanas», estudiadas con referencia a la práctica de las ciencias empíricas y a su discurso particular en los siglos XVII y XVIII (*Las palabras y las cosas*). Michel Foucault ha intentado asimismo analizar la constitución del sujeto tal como puede aparecer del otro lado de una partición normativa y llegar a ser objeto de conocimiento —en su condición de loco, de enfermo o de delincuente—: y ello a través de prácticas como las de la psiquiatría, la medicina clínica y el sistema penal (*Historia de la locura, Nacimiento de la clínica, Vigilar y castigar*).

Michel Foucault ha emprendido actualmente, y siempre en el seno del mismo proyecto general, el estudio de la constitución del sujeto como objeto para sí mismo: la formación de los procedimientos mediante los cuales el sujeto es conducido a observarse a sí mismo, a analizarse, a descifrarse, a reconocerse como un dominio de saber posible. Se trata, en suma, de la historia de la «subjetividad», si por dicha palabra se entiende la manera en que el sujeto hace la experiencia de sí mismo en un juego de verdad en el que tiene relación consigo. No es que a Michel Foucault le haya parecido que la cuestión del sexo y de la sexualidad constituya el único ejemplo posible, pero sí, al menos, un caso bastante privilegiado; en efecto, ha sido con respecto a dicho asunto como, a través del cristianismo, y quizás antes, todos los individuos han sido interpelados a reconocerse como sujetos de placer, de deseo, de concupiscencia, de tentación y han sido solicitados, mediante medios diversos (autoexamen, ejercicios espirituales, declaración, confesión) a desplegar, en relación con ellos mismos y con lo que constituye la parte más secreta, más individual, de su subjetividad, el juego de lo verdadero y de lo falso.

En suma, se trata de constituir en esta historia de la sexualidad un tercer postigo: viene a añadirse a los análisis de las relaciones entre sujeto y objeto o, para ser más precisos, al estudio de los modos según los cuales el sujeto pudo ser insertado como objeto en los juegos de verdad.

Adoptar como hilo conductor de todos estos análisis la cuestión de las relaciones entre sujeto y verdad implica ciertas elecciones de método. Y ante todo un escepticismo sistemático ante los universa-

les antropológicos, lo que no quiere decir que, de entrada, en bloque y de una vez por todas, se los rechace por completo, sino que no hay que admitir nada de tal orden que no resulte rigurosamente indispensable. Todo cuanto se nos propone en nuestro saber, con presunción de validez universal, en cuanto a la naturaleza humana o a las categorías que se le pueden aplicar al sujeto, pide ser probado y analizado; rechazar el universal de la «locura», de la «delincuencia» o de la «sexualidad» no significa que aquello a lo que tales nociones se refieren no sea nada o que éstas no son más que quimeras inventadas por la necesidad de una causa dudosa; antes bien, es mucho más que la simple constatación de que su contenido varía con el tiempo y las circunstancias; se trata de interrogarse sobre las condiciones que permiten, según las reglas del decir verdadero o falso, reconocer a un sujeto como enfermo mental o hacer que un sujeto reconozca la parte más esencial de sí mismo en la modalidad de su deseo sexual. Por tanto, la primera regla del método para este tipo de trabajo es ésta: eliminar tanto como sea posible, para interrogarlos en su constitución histórica, los universales antropológicos (entendiendo también por tales los de un humanismo que hiciera valer los derechos, los privilegios y la naturaleza de un ser humano como verdad inmediata e intemporal del sujeto). Asimismo, hace falta dar la vuelta a la marcha filosófica de remontada hacia el sujeto constituyente al que se le pide dar cuenta de lo que puede ser todo objeto de conocimiento en general; se trata, más bien, de volver a descender al estudio de las prácticas concretas mediante las cuales el sujeto se constituye en la inmanencia de un dominio de conocimiento. También al respecto cabe tener cuidado: rechazar el recurso filosófico a un sujeto constituyente no conduce a hacer como si el sujeto no existiera y a hacer abstracción de él en beneficio de una objetividad pura; dicho rechazo tiene como mira hacer aparecer los procesos peculiares de una experiencia en la que el sujeto y el objeto «se forman y se transforman», uno por relación y en función del otro. El discurso de la enfermedad mental, de la delincuencia o de la sexualidad, no dicen lo que es el sujeto sino en cierto juego, y muy particular, de verdad; pero estos juegos no se imponen desde el exterior al sujeto, de acuerdo con una causalidad necesaria o con determinaciones estructurales; abren un campo de experiencia en el que el sujeto y el objeto no se constituyen uno y otro sino bajo ciertas condiciones simultáneas, pero en las que, a su vez, no dejan de modificarse el uno con relación al otro, y por tanto de modificar ese mismo campo de experiencia.

De esto se sigue un tercer principio de método: el de dirigirse como dominio de análisis a las «prácticas», y abordar el estudio por el sesgo de lo que «se hace». Así pues, ¿qué se hacía de los locos, de los delincuentes o de los enfermos? Sin duda, esto se puede intentar deducir de la representación que se tenía de ellos o de los conocimientos que se creía poseer sobre ellos, las instituciones en las que se les colocaba y los tratamientos a los que se les sometía; de este modo se puede investigar cuál era la forma de las «verdaderas» enfermedades mentales o las modalidades de la delincuencia real en una época determinada para explicar lo que entonces se pensaba al respecto. Michel Foucault aborda las cosas de modo completamente diferente: estudia en primer lugar el conjunto de las maneras de hacer más o menos reguladas, más o menos reflexionadas, más o menos dotadas de finalidad, a través de las cuales se dibujan, a la par, lo que estaba constituido como real para los que buscaban pensarlo y gobernarlo, y la manera en que éstos se constituían como sujetos capaces de conocer, de analizar y posiblemente de modificar lo real. Éstas son las «prácticas», entendidas a la vez como modo de obrar y de pensar; que dan la clave de inteligibilidad para la constitución correlativa del sujeto y del objeto.

Ahora bien, desde el momento en que a través de dichas prácticas se trata de estudiar los diferentes modos de objetivación del sujeto, se comprende la parte importante que al respecto ha de ocupar el análisis de las relaciones de poder. Pero aún es preciso definir lo que puede y lo que quiere ser un análisis de ese tipo. Evidentemente, no se trata de interrogar al «poder» sobre su origen, sus principios, o sus límites, sino que es cuestión de estudiar los procedimientos y técnicas que se utilizan en diferentes contextos institucionales para actuar sobre el comportamiento de los individuos considerados aisladamente o en grupo, para formar, dirigir o modificar su manera de conducirse, para imponer fines a su inactividad o para inscribirla en estrategias de conjunto; múltiples, por tanto, en su forma y en su lugar de ejercicio; diversos igualmente en los procedimientos y técnicas que despliegan. Dichas relaciones de poder caracterizan la manera en que los hombres son «gobernados» unos por otros, y su análisis muestra cómo, a través de ciertas formas de «gobierno», de los alienados, de los enfermos, de los criminales, etc., es objetivado el sujeto loco, enfermo, delincuente. Un análisis de este tipo no pretende decir que el abuso de tal o cual poder ha hecho locos, enfermos, criminales, allí donde no había nada de eso, sino que las formas diversas y particulares de «gobierno» de los individuos han sido determinantes en los diferentes modos de objetivación del sujeto.

Se constata así cómo el tema de una «historia de la sexualidad» se puede inscribir en el interior del proyecto general de Michel Foucault: se trata de analizar la «sexualidad» como un modo de experiencia históricamente singular en el que el sujeto se objetiva para sí mismo y para los otros, a través de ciertos procedimientos precisos de «gobierno».

MAURICE FLORENCE